


verde negruzco de los árboles, mientras besamos, la melena rubia de una muchacha bonita, que si no es nuestra novia precisamente, nos ha brindado su amor esta noche lujuriosa, y tiene ojos verdes, fulgurantes y enigmáticos como una hurí.

.....
 Pero el verano ha pasado, y con él la lascivia intensa de una noche azul.

¡Oh Vererano, voluptuoso Verano! ¡Oh Verano lujuriente, Verano de amores, y de esencias, y de besos! ¡Oh Verano, Verano! Ven. Yo te llamo, para que pongas fuego en mi sangre, y redivivas mi corazón, agonizante por los hielos del Invierno.....

Julian Morales Ruiz



JUVENTUD TRIUNFANTE

POETAS ESPAÑOLES

Antonio Machado.

Un alma exquisita y dolorosa; un alma joven, sedienta de vida y de belleza, que parece haber sufrido ya todas las inquietudes, todos los desengaños y todos los tormentos; un alma refinada que ha gozado ombriagueces divinas de ensueños, de melancolías y de amores, es el alma de Antonio Machado.

De nuestros poetas, es el autor de *Soledades* uno de los más ilustres, profundos y sinceros. Sabe derramar en estrofas delicadas sus confesiones de artista. Pocos versos nos hacen adivinar cual los suyos, musicales é intensos, limpios de retoricismos y de garrulerías, tantas meditaciones, tantas soledades y tan hondas tristezas.

Al leer cualquiera de sus libros, pensamos que este escritor posee alas fuertes para elevarse, más allá de nuestra pequeña vida, monótona y vulgar, al reino de la eterna Belleza, de la eterna serenidad y del eterno misterio; alas fuertes y ligeras para volar—como diría el maestro Franco—á través de los siglos.

De su última obra, *Soledades, Galería, Otros poemas*, transcribimos las siguientes hermosas poesías:

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas

doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!

¿Adónde el camino irá?

Yo voy cantando, viajero
á lo largo del sendero...

—La tarde cayendo está—.

«En el corazón tenía

»la espina de una pasión;

»logré arrancármola un día:

»ya no siente el corazón.»

Y todo el campo un momento
se queda mudo y sombrío
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;

y el camino que serpea

y débilmente blanquea,

se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve á plañir:

»aguda espina dorada

»quién te pudiera sentir

»en el corazón clavada.»

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...

—¡Mi hora!—grité—... El silencio

me respondió: —No tomas;

tú no verás caer la última gota

que en la clepsidra tiembla.

Dormiré muchas horas todavía

sobre la orilla vieja,

y encontrarás una mañana pura

amarrada tu barca á otra ribera.